

este madero sagrado, las cuales desenvuelve, citando los mas bellos pasajes de los padres y espositores eclesiásticos.

Después de haber vindicado el culto de la verdadera cruz, el autor pasa al culto de las cruces que son su imagen ó representación, y demuestra por los Padres mas antiguos, San Justino, Tertuliano y San Atanasio, que los primeros cristianos hacian cruces y las honraban; y siguiendo luego el curso de los siglos, muestra á la cruz colocada con honor en las iglesias y en las casas, sobre los caminos y en las plazas públicas, llevada en las procesiones y ceremonias, saludada respetuosamente por los sacerdotes al llegar al altar, invocada en tantas bellas oraciones de la Iglesia, que sin duda se refieren á Dios, pero al mismo tiempo son un homenaje á la cruz, tratada en fin por todas partes y en todos tiempos con los testimonios mas inequívocos de veneración. Muestra á Dios mismo consagrando la imagen de la cruz, ya cuando la hizo aparecer á Constantino designándosela como prenda de la victoria, *in hoc signo vinces*, «con esta señal vencerás,» ya cuando mas tarde la representó en los vestidos de los judíos que querian reedificar el templo de Jerusalem en tiempo de Juliano el Apóstata, ya cuando en diversas épocas ha obrado por su medio tantos milagros consignados en la historia de la Iglesia, ya, en fin, cuando nos anuncia su aparición solemne en los cielos el dia del juicio final. A estas pruebas de autoridad une las de la razón, y demuestra que se debe á la cruz un honor religioso, porque es el memorial de Jesus crucificado, el resumen de todos los principales dogmas de nuestra fe, una fuente de santos pensamientos y útiles reflexiones; que, en fin, no tiene mas enemigos que los de Jesucristo, y que Dios ha castigado muchas veces de una manera visible á los que la han ultrajado. Después de haber hablado de la imagen de la cruz, el autor trata de la señal de la cruz que hacemos sobre nosotros en memoria de Jesus crucificado. «Esta señal, dice, no tiene por sí misma ninguna virtud, pero hecha en honor de Dios, para

«representar la cruz, es un acto muy santo, de que Dios se sirve á menudo para obrar grandes efectos.» Y después de haber explicado claramente la manera de hacerla, demuestra que esta señal es una profesión pública de la fe cristiana, que toda la antigüedad le ha practicado, que la Iglesia, desde los primeros siglos, la ha empleado para bendecir, consagrar, administrar los sacramentos, sobre todo el bautismo, y desenvuelve de una manera admirable la virtud de esta señal contra el demonio, las tentaciones y todos los peligros.

Agotados estos tres puntos, y demostrada la obligación de dar un culto á la cruz, no restaba mas que precisar la especie de culto ó adoración que le es debido; tal es el objeto del cuarto libro. Allí el autor distingue dos clases de adoraciones: la una es debida á Dios solo, y consiste en ese homenaje de respeto y sumisión profunda, por el cual se reconoce la excelencia infinita y el soberano dominio de aquel á quien se adora; la otra, bien diferente, consiste en honrar en una criatura algunas cualidades eminentes que Dios ha puesto en ella: en este último sentido es en el que la Escritura habla de la adoración de los reyes ú otros grandes personajes, y los santos Padres, de la adoración de la cruz y de las cosas sagradas. Establecida esta distinción, prueba que los católicos, saludando ó incensando á la cruz y aun postrándose ante ella, no entienden rendirle mas que el homenaje secundario debido á una imagen amada de Dios y honrada por él con milagros y gracias; que los *signos exteriores* instituidos por los hombres no tienen otro sentido que el que la intención une á ellos, como la palabra *adoración* no significa mas que lo que quiere hacerle significar el católico que la emplea.

Mientras que el coadjutor combatía así la herejía y aseguraba á los fieles en la fe, sobrevino un acontecimiento que estuvo á punto de comprometer todos sus trabajos. El Duque de Saboya habia hecho el año anterior un viaje á París, y habia terminado con Enrique IV un tratado por el cual le cedía la Bresse con algunos otros territorios, deján-

dole el rey, en cambio, el marquesado de Saluces. Enrique IV ejecutó lealmente lo que había prometido; pero el Duque, esperando que sería sostenido por la España, se negó á ceder los países convenidos, bajo pretexto de haber firmado el tratado, dominado por el temor que tenía de ser hecho prisionero si hacía resistencia. Al saber esto, el Rey indignado puso al punto dos ejércitos en campaña: uno á los órdenes del Duque de Lesdignieres, entró en Saboya y conquistó una gran parte de este país; otro, á las órdenes del Mariscal de Biron, invadió la Bresse y la sometió por completo; por último, se presentó él en persona con un pequeño cuerpo de tropas por el lado del Faucigny y el Chablais. A su llegada los Ginebrinos y Berneses se alegraron, con la esperanza de recobrar, á favor de la guerra, lo que el Calvinismo había perdido por la misión del Chablais. Fueron pues á buscar á Enrique IV y le ofrecieron unir sus tropas á las suyas, para ayudarle á apoderarse de los distritos del Chablais y de Ternier. Estas ofertas fueron aceptadas con reconocimiento; pero como si hubieran querido hacer pagar este servicio en el instante mismo, suplicaron al Rey estendiera á todo el Chablais, como á país conquistado, el edicto de Nantes, que permitía el ejercicio de la religion protestante en todo el territorio del reino de Francia. Enrique IV comprendió fácilmente lo que pretendían con esta súplica, y como bajo el pretexto del libre ejercicio de la religion, estos herejes pretendían vejar de todas suertes tanto á los pueblos recién convertidos como á los sacerdotes católicos, que procurarían apoderarse de las iglesias y de las rentas eclesiásticas, y sobre todo seducir y pervertir á los pueblos, no se apresuró á contestarles; y el Obispo de Ginebra, aprovechando esta dilación, escribió prontamente al Cardenal de Joyeuse, que acompañaba al Rey, una carta (1) en que le suplicaba empleara todo su crédito cerca de Su Majestad, para conjurar la desgracia de que estaba ame-

(1) Carta XXXIV.

nazada la religion. Al mismo tiempo hizo partir al coadjutor para Grenoble, donde estaba el Duque de Nemours, con el fin de suplicar á este Príncipe interviniera con el Rey en que no se cambiara nada en el Chablais en lo tocante á la religion. Este Príncipe parecia un mediador á propósito para conseguirlo, porque se había conservado neutral, tanto con la Francia por razon de los beneficios recibidos, como por la Saboya, á causa de la herencia que poseía. Sin embargo, la carta que escribió con este objeto al monarca francés, pareció producir poco efecto. Espantado del peligro que corria la fe, el coadjutor se decidió á ir el mismo (1) en persona, para abogar la causa del catolicismo ante Enrique IV, que estaba entonces en el castillo de Annecy. Fué recibido con una exquisita benevolencia y un respeto mayor aún, hasta el punto de que durante la entrevista, el Rey tuvo siempre su sombrero en la mano. Le presentó su esposicion, en la cual suplicaba á Su Majestad mantuviese intacto todo lo que se había hecho tan felizmente para la fe católica en los distritos del Chablais y de Ternier; y el Rey, despues de haberla leído le respondió: «Por el amor de Dios y de nuestro santo Padre el Papa, y »en consideración á vos, señor, que habeis desempeñado »tan dignamente vuestro ministerio, no se cambiará nada »de lo que ha sido hecho por la religion católica en el »Chablais. Os lo prometo á fe de Rey, y seré fiel á ello á »costa de mi sangre.» Despues de estas enérgicas palabras, escribió al pié de la instancia que tal era su voluntad, y lo firmó.

En efecto, habiéndosele poco despues presentado á felicitarle una diputacion de Ginebrinos, á cuya cabeza estaba Teodoro Beza, en el fuerte de Santa Catalina, donde había puesto el sitio, y habiendo abordado en su discurso

(1) Carlos Aug., p. 243, cuenta que fué el Obispo de Ginebra el que fué á hablar á Enrique IV; pero Francisco Favre, que estaba presente, el canónigo Gard y otros varios, han depuesto que fué el coadjutor; y son mas dignos de crédito que Carlos Augusto, que no había nacido entonces.

la cuestion de la libertad de conciencia concedida por el edicto de Nantes: «Ya sé, dijo el Rey interrumpiendo al orador y aparentando no entender á donde queria venir á parar, ya sé lo que deseais de mí; la demolicion del fuerte de Santa Catalina: muchas personas me disuaden de ello, pero quiero complaceros, este fuerte será demolido.» Los Ginebrinos, sorprendidos de una benevolencia tan inesperada, prurupieron al punto en muestras de agradecimiento; y saludándolos el Rey como para despedirlos, se retiraron llenos de alegría, sin atreverse á pedir otra cosa. Viendo que por el Rey no lograrían sus designios hostiles para la religion, se dirigieron al Sr. de Monglan, calvinista que acababa de establecerse en el castillo de los Allinges como gobernador de todo el pais, y le persuadieron tomara las rentas de todos los beneficios poseidos por los caballeros de San Mauricio y San Lázaro, y las reuniera á los dominios reales, como bienes que pertenecian en propiedad al Duque de Saboya. Así que el Coadjutor tuvo conocimiento de estas insinuaciones, tan injustas como pérfidas, partió al punto con una carta del Obispo de Ginebra para ir en busca del gobernador, para hacer valer con él la respuesta tan favorable y tan terminante de Enrique IV á la instancia que le habia presentado; pero apenas se habia alejado cuatro kilómetros cuando cayó en manos de una tropa de soldados franceses, que le declararon prisionero de guerra, y le llevaron al Marqués de Vitry, capitán de los guardias del Rey (1). Esta aventura fué un rasgo de la Providencia, pues habiéndose el coadjutor hecho conocer y espuesto el motivo de su viaje, el Marqués tomó este negocio con empeño. Penetrado de veneracion hácia su prisionero, le devolvió al punto la libertad, le colmó de atenciones, le ofreció sus servicios, y le dió una carta de recomendacion para el Sr. de Monglan: hizo mas aún, la dulzura y amabilidad del Coadjutor, así como el tacto y delicadeza de su conversacion, le encantaron de

(1) De Maupas, p. 160.

tal suerte que le propuso conducirlo á Chambéry, donde el Rey acababa de dirigirse, mientras que el ejército francés sitiaba á Montmélian, y presentarle á Su Majestad, que le acogería con bondad. «Aceptaría con gusto la afectuosa oferta que me haceis, replicó Francisco, y sería para mí un honor insigne el ser presentado á tan gran monarca; pero en tanto que este Príncipe esté en guerra con mi soberano, no puedo permitirme ir á hacerle la corte.» El Marqués, lejos de disgustarse por esta respuesta, admiró su lealtad, y dejó partir al Coadjutor, considerándose feliz por haber conocido un personaje de tanto mérito (1).

Llegado al castillo de los Allinges, el Coadjutor entregó al gobernador la carta de su Obispo, la del Marqués de Vitry, y la instancia que habia firmado Enrique IV en el castillo de Annecy. Habiendo leído el Sr. de Monglan estos documentos, y conocido sobre todo por la carta del Marqués de Vitry quién era el que se presentaba, le hizo la mas favorable acogida; le aseguró que se conformaría exactamente con las intenciones del Rey, y aun añadió que, aunque Calvinista, las encontraba perfectamente justas y razonables.

En efecto, dictó el desembargo de todas las rentas eclesiásticas de que habia empezado ya á apoderarse; y por una benevolencia debida sin duda á la habilidad del negociador, prometió tomar bajo su proteccion especial á todos los curas y demás eclesiásticos del Chablais, prohibir á los ministros el espíritu de propaganda religiosa entre los católicos, y limitar sus predicaciones á los soldados de su religion. Francisco, bendiciendo á Dios por un resultado tan feliz, fué á comunicar la noticia por todo el país, consoló á los recién convertidos, alentó el valor y la esperanza de los curas, llamó á los que el miedo y la violencia habian puesto en fuga, y aseguró sobre todo á los sacerdotes de Thonon, mas asustados que los demás, por estar mas á

(1) Carlos Aug., p. 244.

la vista, y por eso mismo mas espuestos á la persecucion (1).

Entre ellos habia Jesuitas, y los Ginebrinos habian esperado que al menos Enrique IV los arrojaria, como acababan de hacer varios parlamentos que, á imitacion del de Paris, los habian espulsado de toda la estension de su territorio.

Pero el Rey, por el contrario, los tomó bajo su real proteccion (2), y gracias á este favor, no cesaron de gozar la mas perfecta tranquilidad. Todo el país participó de esta dicha por el celo que tuvo este escelente Príncipe en proteger la persona y el ministerio de los eclesiásticos, en mantener la fe y la piedad, y en hacer observar á sus tropas tan rigurosa disciplina, que la religion no tuvo nada que sufrir de la guerra.

Por esto el Obispo volvió bien pronto á Thonon con su coadjutor, para llevar á cabo la ejecucion de las letras pontificias, tan importantes para el bien de la religion. Allí rompió, por autoridad apostólica, la union que habia hecho Gregorio XIII de ciertos beneficios del Chablais y Ternier con la orden de San Mauricio y San Lázaro; estableció con la misma autoridad que los caballeros no podrian reclamar nunca las rentas de estos beneficios, imponiéndoles sobre esto un silencio perpétuo, como si la union no hubiese tenido lugar; y con la ayuda de estos recursos, despues de haber determinado, tanto por los registros de las visitas pastorales como por el parecer de los sacerdotes del país, las localidades que tenian una necesidad mas urgente del ministerio pastoral, estableció cerca de treinta y cinco iglesias parroquiales.

Todas las necesidades, sin embargo, estaban lejos de ser satisfechas; otras muchas parroquias reclamaban un pastor, pero como no tenian rectorías, y las rentas disponibles para sostener el clero estaban agotadas, se limitó á

(1) Carlos Aug., p. 245.

(2) *Vida de Claudio Granerio*, p. 218.

unirlas á las parroquias establecidas, hasta que se pudiese restablecer aquellas: sin embargo, para consolarlas se les concedió ciertos privilegios parroquiales, como la administracion de los sacramentos, el permiso de guardar los santos óleos y la Eucaristía para los enfermos, la autorizacion de tener sus fuentes bautismales con su cementerio propio; y como la agregacion de estos anejos hubiera sobrecargado á los curas y les hubiera impuesto un trabajo superior á sus fuerzas, se dió á muchos de ellos vicarios, asi como á las parroquias mas estensas, mas pobladas ó frecuentadas, imponiendo la condicion de una Misa rezada en el anejo, ó si habia varios, en uno de ellos por su turno, todos los domingos y dias de fiesta, pero dejando siempre en la iglesia principal el privilegio de una Misa mayor en los mismos dias, y el favor de tener á lo menos una Misa rezada cada dia de la semana (1).

La sábia solicitud del Obispo y de su coadjutor no se limitó á esto; se asociaron las parroquias limítrofes en grupos de tres ó de cuatro, estableciendo que se mantendrian como hermanas, ligadas unas á otras con compromisos particulares; que sus curas se considerarian como hermanos; que se reunirian en las fiestas patronales, para la dedicacion de sus iglesias y tambien para las honras solemnes; que se ayudarian y aliviarian unos á otros, se reemplazarian en caso de ausencia ó enfermedad, y se prestarian mutuamente servicios para el mayor bien de los fieles. Se hizo luego entre las diversas parroquias la reparticion de las rentas de los beneficios separados de la orden de San Mauricio y San Lázaro, y ciertos diezmos poseidos hasta entonces por diversas abadías y prioratos, á los cuales se concedió como indemnizacion de lo que se les quitaba el derecho de presentar al concurso, prescrito por el concilio de Trento, diez sacerdotes capaces para ciertos curatos, cuando vacaren. Estando todo así arreglado, no faltaba mas que destinar dignos pastores para cada una de las

(1) Carlos Aug., p. 246 y sig.

parroquias establecidas; lo que hicieron de comun acuerdo el Obispo de Ginebra y su coadjutor, con esa rara prudencia que caracterizaba todos sus actos. De este modo fué consumada la grande obra en que el santo apóstol trabajaba hacia tanto tiempo, la organizacion del clero y las parroquias, único medio que pudo garantir y mantener la religion y la piedad en el Chablais (1).

Los consuelos que proporcionó á Francisco este bello órden de cosas, se aumentaron con una conversion notable que tuvo lugar en esta época. Gaspar de Javerge, próximo pariente de Calvino, habia tenido en otro tiempo, durante su estancia en Ginebra, la curiosidad de ir á oír en el Chablais un sermón de Francisco. Movidó por sus palabras tan convincentes como tiernas, habia tenido varias conferencias, tanto con él como con el P. Esprit de Baumé y el Padre Querubin, pero sin llegar á convertirse. El año 1600, por consejo del mismo Beza, habia ido á Roma para ver las ceremonias del Jubileo: allí era donde lo esperaba la Providencia. Robado en el camino por su compañero de viaje, agobiado de cansancio y atacado de una fiebre violenta, se vió obligado, á su entrada en la ciudad santa, á hacerse llevar al hospital.

El médico, al hacerle la primera visita, le escitó á que se confesase, declarándole que sus visitas y cuidados le serian continuados con esta condicion; creyendo sin duda que era católico, y que el peligro de su estado hacia urgente el recibir los sacramentos. Cediendo sin resistencia á la intimacion que le hacian, el enfermo hizo preguntar al convento de los Capuchinos si se encontraba allí algun religioso de Saboya, que pudiera ir á visitar á un caballero de esta provincia. Felizmente el P. Querubin acababa de llegar: habiéndole los herejes arrojado á la cabeza un líquido cáustico con el fin de turbar su razon, habia hecho voto, si sanaba, de ir en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto; curado por su fe, habia cumplido su voto, y de

(1) Carlos Aug., p. 246 y sigs.

Loreto habia pasado á Roma. Se apresuró á visitar á Gaspar de Javerge y le determinó sin trabajo á abjurar la herejía. El caballero hizo este acto solemne tan de buena fe que, no contento con renunciar sus errores, entró en los carmelitas descalzos, donde desempeñó los principales cargos de su órden, y dió hasta su muerte el ejemplo de las mas edificantes virtudes.

#### CAPITULO IV.

Acontecimientos políticos favorables á los intereses de la religion.—El Coadjutor pierde á su padre durante la Cuaresma que predica en Annecy.—Su viaje á Paris.—Sus relaciones con Enrique IV.—Muerte de Claudio de Granerío.—Se hace consagrar Obispo de Ginebra.

1601 y 1602.

Con los consuelos con que los últimos acontecimientos habian inundado el corazon de Francisco de Sales, vino bien pronto á mezclarse una amarga pena. Habiéndose ausentado por causa de algunos asuntos el Sr. de Sancy, á quien Enrique IV habia nombrado gobernador de los distritos del Thonon y Ternier, los Ginebrinos aprovecharon su alejamiento para enviar á varias parroquias del Chablais, sobre todo á Veyrier y á San Julian, ministros escoltados por gente armada que profanaron las iglesias, derribaron los altares, robaron las campanas con varios objetos del culto, impusieron á los católicos, y usurparon el lugar de algunos curas, á quienes el espanto habia hecho huir.

El coadjutor se apresuró á denunciar estos atentados audaces al Sr. de Sancy, tan pronto como regresó, recordándole el compromiso firmado por Enrique IV, de mantener el estado religioso del Chablais. Se ignora cuál fue la respuesta del gobernador; pero una garantía mejor fue dada á los católicos por el tratado de paz que terminaron juntos en esta época el Rey de Francia y el Duque de Saboya, gracias á los buenos oficios del Papa y á la habilidad de